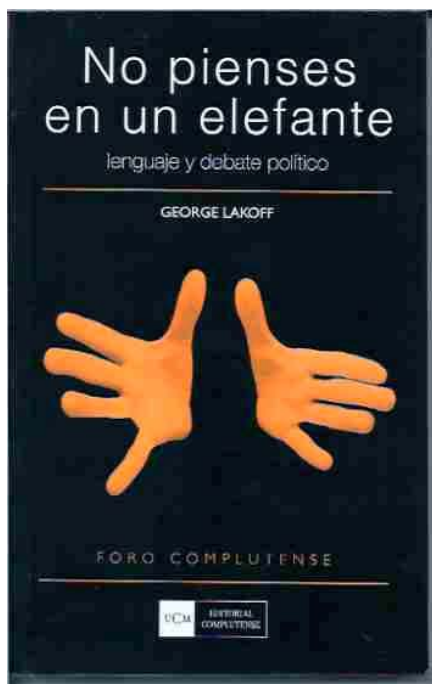




No Pienses en un Elefante. El Lenguaje Político de la Posmodernidad

Francisco León Florido



A juzgar por las referencias que se le hacen en amplios sectores intelectuales y mediáticos, *No pienses en un elefante* de George Lakoff (*No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*, Editorial Complutense, Madrid 2007) lleva camino de convertirse en uno de los ensayos más influyentes de los últimos años en los círculos políticos progresistas. Dada la trascendencia de la obra, ésta ha sido objeto de numerosas aproximaciones, desde muy diversos puntos de vista (por ejemplo, el excelente artículo de José Luis Pardo: “¡Es el marco, imbécil!”, *El País*, 21/07/2007), pero pienso que aún puede analizarse el contenido de la propuesta del profesor de Berkeley desde un punto de vista estrictamente filosófico.

El concepto que organiza todo el ensayo es el de *marco*, definido como una estructura mental que organiza nuestro modo de ver el mundo. Los marcos no se pueden percibir, sino que se incluyen en lo que los científicos cognitivos denominan el “inconsciente cognitivo”, pero sobre ellos se conforman “las metas que nos proponemos, los planes que hacemos, nuestra manera de actuar y aquello que cuenta como el resultado bueno o malo de nuestras acciones” (p. 17). En su aplicación política los marcos prácticamente determinan las políticas sociales y las instituciones que realizan efectivamente dichas políticas. Por ello, para llevar a cabo cualquier cambio político es necesario cambiar los marcos, de modo que, concluye Lakoff, “el cambio de marco es cambio social”. Contra lo que suele creerse, la gente no vota fundamentalmente por uno u otro partido según sus intereses, sino dependiendo de los valores con los que se identifica (p. 42), es decir, según los estereotipos culturales que se configuran en y desde los marcos que están en un nivel tan profundo como el de las sinapsis de nuestro cerebro (p. 69), por lo que conocer el funcionamiento de estos modelos cognitivos es de una importancia capital para el político actual. Existen dos grandes marcos o modelos ideales que definen nuestra actitud política, que se establecen sobre una analogía con dos modelos de familia: el “marco del padre estricto” determina una actitud conservadora, mientras que el “marco de los padres protectores” determina una actitud progresista, porque los dos modelos contienen implícitamente una cierta lógica que se explicita en las respectivas visiones del mundo (p. 39).

Lo primero que separa a esos dos marcos es su posición respecto al género, pues mientras que en el modelo del padre estricto es el padre el que ejerce el papel indiscutido de jefe de la familia, el de los padres protectores “es neutral por lo que se refiere al género” (p. 33), apareciendo en el mismo nivel, el padre y la madre. Así pues, según Lakoff, las actitudes por las que se produce una elección e incluso las propias propuestas políticas dependen de dos modelos idealizados de familia, que, si

bien no se dan en estado puro en la realidad, determinan dos modos contrapuestos de entender los valores, los principios y la orientación política. El modelo de los “padres protectores” parte de la igualdad o, por mejor decir, neutralidad, de padre y madre, y presupone que el mundo es esencialmente bueno, aunque puede mejorar, al igual que los hijos son buenos y es misión de los padres educarlos para que sean mejores. Para efectuar esta labor educativa, padre y madre disponen de dos instrumentos o actitudes básicas: la empatía o preocupación por los otros, que hace buscar la protección frente a los peligros de la vida y establece una comunicación en las dos direcciones con los demás, y la responsabilidad, que lleva al establecimiento de un compromiso en la construcción de la comunidad. La analogía con la actitud política de este modelo progresista de la familia lleva a la política de protección social, la educación universal, la igualdad, las libertades civiles y la justicia económica, de manera que la función del gobierno es proporcionar los medios para poner en práctica esos valores. En cambio, la visión conservadora del mundo se configura a través del modelo idealizado del “padre estricto”, en el que se presupone que el mundo es un lugar pleno de peligros, y donde los niños nacen malos, siendo la función del padre enseñar a su mujer lo que ha de hacer y enseñar a los hijos la diferencia entre el bien y el mal mediante una disciplina dolorosa que luego se transformará en disciplina interna. Como los buenos son los autodisciplinados, sólo ellos llegarán a ser autosuficientes y debe obligarse a los que no lo sean a alcanzar su autosuficiencia con más disciplina. La equivalencia con la doctrina política lleva a la consideración de que los buenos son los ricos, que han logrado serlo por su autodisciplina, y los malos los que requieren ayuda estatal como si fueran niños consentidos. El gobierno tiene como misión fundamental el mantenimiento del orden y el fomento de los negocios mediante el que las personas disciplinadas pueden llegar a ser ricos como recompensa (pp. 66-69). Como Lakoff, de entre los dos modelos, se presenta como defensor de los valores progresistas, presenta “las ideas que nos hacen progresistas”, ordenadas metodológicamente en (1) valores que proceden de una visión progresista básica, (2) principios que realizan esos valores progresistas y (3) direcciones políticas que se ajustan a valores y principios (p. 134).

Por mi parte, me limitaré a subrayar algunos aspectos filosóficos que me parecen particularmente significativos en esta propuesta, que ha llegado a constituir, como dice José Luis Pardo, el “nuevo evangelio del marco alternativo”. Comenzando por la organización metódica que acabamos de mencionar, no podemos menos que llamar la atención sobre la extrañeza que causa situar antes los valores progresistas que los principios que “*realizan* esos valores progresistas”, cuando –por algo se llaman *principios*–, el orden lógico debería ser el contrario, de lo que parece darse cuenta el propio autor cuando un poco más adelante afirma que los progresistas “no sólo comparten estos valores, sino que comparten también los principios *de los que surgen* estos valores” (p. 135). En fin, en el mejor de los casos, parece que al autor le es indiferente si en la lógica de la exposición, e incluso de la realidad misma, son anteriores los valores que se defienden a los principios de los que surgen esos valores o son los principios lo que determinan los valores que se derivan de ellos. Parece evidente que nos encontramos ante una aplicación de la lógica posmoderna, que ya no sólo ha roto con la tradición lógica en que las consecuencias se derivan natural y necesariamente de los principios, sino con la propia lógica moderna en la cual, en todo caso, los principios y las consecuencias pueden intercambiar su posición relativa, pero, eso sí, siempre que un elemento actúe funcionalmente como principio y otro como consecuencia. Esto es muy distinto al método posmoderno del *anything goes*, de la neutralidad no sólo relativa sino absoluta, en que no existen siquiera las funciones mismas de principio y consecuencia. Así, respecto de la actitud política, que es la que determina –y eso es al final lo importante– lo que se vota, son indiferentes, es decir, idénticos, los principios, que son de naturaleza ética, y los valores de naturaleza

ideológica que se defienden, de acuerdo con los cuales podemos ser definidos como progresistas o conservadores.

En los modernos aún se hallaba una clara afirmación de la ideología, de manera que los valores ideológicos eran primeros en el campo de la política, determinando el valor moral de los principios que un individuo defendía. Por decirlo de una manera extremadamente simplificadora, para un Lakoff moderno, una persona que defiende los valores de izquierdas sería una persona moralmente buena, mientras que una persona con valores conservadores sería moralmente reprobable. Pero, al Lakoff posmoderno, la identificación neutral de valores y principios, le lleva a anular la distancia entre la ideología y la moral, de manera que basta con afirmar defender una ideología correcta para ser ya, y en ese mismo acto, una persona moralmente justificada. La diferencia entre esta posición posmoderna y la posición moderna es algo sutil. Para los modernos la elección de una ideología exigía abrazar una fe ideológica, de un modo similar a como los pensadores protestantes habían exigido abrazar la fe de los cristianos purificados para alcanzar la salvación, lo que suponía un acto absoluto de entrega de la voluntad del individuo, como principio rector para obtener como consecuencia la salvación eterna, sin menoscabo de que, en aras del principio de neutralidad relativa, también pudiera considerarse que era la determinación previa de la salvación por la voluntad absoluta divina, la que determinaba la posibilidad de que la criatura abrazara la fe verdadera. Esta doctrina de la *justificación por la fe*, exigía por parte del individuo al menos un esfuerzo continuado en el mantenimiento de la decisión absoluta de su voluntad por la que había abrazado la verdadera fe, que, aunque no aseguraba la salvación por el mérito, como en la doctrina naturalista católica, al menos mantenía a la criatura en la actitud de escucha y espera que es la adecuada para no abandonar el camino recto del temor de Dios. Del mismo modo, también los ideólogos modernos hacían de la ideología del individuo un acto absoluto, es decir, un principio, que determinaba su ser, de manera que, moral y políticamente, uno podía ser socialmente juzgado y, consecuentemente, salvado o condenado, por su ideología, fundando una especie de nueva religión fundada sobre la *justificación por la ideología*, lo que, sin embargo, no eximía del esfuerzo de mantenerse activamente en la senda adecuada sin ceder a las tentaciones puestas en el camino por los enemigos ideológicos. Como, evidentemente, el camino a seguir por los peregrinos de la izquierda siempre era más duro, estaban siempre más sometidos a riesgos como el “desclasamiento”, el “aburguesamiento” o el “egoísmo insolidario”, contra los que debían defenderse con la misma determinación con la que el creyente, al modo de Lutero en su celda, luchaba contra las incitaciones del demonio.

En cambio, para Lakoff, discípulo adelantado de la teoría política posmoderna, la fe ideológica del individuo no es el resultado de una decisión de la voluntad, sino el signo aparente con el que uno se presenta ante la comunidad social: una pegatina que uno se pone en la chaqueta, un periódico, que se lleva en la mano, una emisora de radio que se escucha, unos lemas mediáticos que uno repite durante un día para ser sustituidos por otros al día siguiente. Los valores que se defienden en estas condiciones carecen evidentemente de principio moral alguno, de modo que son, desde un punto de vista moral, enteramente arbitrarios, pues, como en la posmodernidad se han fundido valores y principios, el hecho mismo de presentarse revestido con los lemas que tal día definen una determinada posición ideológica, tal como han sido difundidos por el sector de la máquina mediática con que uno desea identificarse, ya constituye un principio moral en sí mismo. Sin embargo, esa pretendida movilidad arbitraria de los principios, que en sí misma podría ser considerada progresista, frente al dogmatismo inmovilista de los conservadores, incluye una decisión absoluta de la voluntad, decisión que en la modernidad era de la voluntad del *sujeto*, mientras que en la posmodernidad es de la voluntad de la *máquina comunicativa*. Esta voluntad mediática oculta una lógica binaria del sí o el no,

del 1 o el 0, del dentro o el fuera... del progresista o el conservador. Creo que puede entenderse el éxito de Lakoff como el resultado de haber sabido adaptar el discurso político –en este caso, progresista– a la lógica binaria de la máquina comunicativa que domina los discursos en el mundo del sistema globalizado. En esta lógica, la actitud política, es decir, moral, que uno adopta ante la vida concluye en decidir a cuál de los dos partidos se votará, el conservador o el progresista, siendo indiferente la etiqueta con que se presenten en cada país. Ser progresista hoy, sería, por tanto, actuar como propagandista de los *lemas-valores* que difunde la parte que se presenta como progresista de la máquina comunicativa, para contribuir a hacer de estos lemas-valores los dominantes en el espacio mediático.

Hasta aquí todo es coherente en la propuesta de Lakoff con las fuentes posmodernas de su pensamiento. Lo que, sin embargo, creo, puede encubrir una falla en el sistema es justamente que Lakoff haya creído necesario establecer sus dos *modelos-marco* políticos (dos, necesariamente dos) sobre la analogía de dos modelos familiares, cuya caracterización es más difícil adaptar al modelo binario, porque la familia pertenece al campo de la vida de los individuos, donde es más fácil apreciar ese maniqueísmo paródico del conservador padre estricto (“papi”) que educa a correazos a sus hijos, que asimilarán la disciplina mediante el temor, frente al padre-madre (“mami”) progresista que empatiza y razona cariñosamente con sus hijos, que así llegarán a ser felizmente autorresponsables. Pues, si esto fuera así, ¿quién, salvo un demonio psicótico, renunciaría a ser “mami”?

Para concluir, si tuviéramos que responder a la cuestión sobre dónde se sitúa filosóficamente la propuesta de Lakoff, que ha sido tan calurosamente acogida por una parte de la intelectualidad, deberíamos establecer una serie de líneas a modo de referencia. Ante todo, resulta evidente que el éxito de este proyecto lingüístico-político sólo puede entenderse en el contexto de la gran derrota de la izquierda tras el proceso de descomposición de los regímenes comunistas, lo que ha obligado a buscar –debido a la urgencia, un tanto arbitrariamente– alternativas ideológicas, tanteando en múltiples direcciones, sin una dirección fija. La influencia de una estructura sistémica es también muy clara, como se aprecia en el establecimiento de una escisión radical entre dos campos ideológicos y prácticos (conservadores y progresistas, padre estricto, padres protectores... malos y buenos, en definitiva), que no tienen posibilidad alguna de ponerse en comunicación. La consecuencia es también coherente con la teoría sistémica: en política de lo que se trata es de que triunfe el bien sobre el mal, y eso sólo depende del resultado de las elecciones donde se decide quién gobernará, de manera que el auténtico mal es sólo estar en la oposición.

Y aquí es justamente donde entra la segunda vertiente que puede apreciarse en la propuesta de Lakoff: su carácter extremadamente posmoderno. Como de lo único que se trata es de la victoria en unas elecciones, lo que depende casi exclusivamente de los medios de comunicación de masas, el núcleo del problema consiste en saber vender el producto –en este caso los valores progresistas– para lo cual sólo hay un medio eficaz, que consiste en utilizar las técnicas de marketing adecuadas. Así que, quizá, merezca la pena adoptar los modos más reaccionarios del capitalismo globalizado si es por una buena causa, cual lo es la venta exitosa de los “valores progresistas” (la protección social, la educación universal, la igualdad y las libertades civiles y la justicia económica), aunque tales lemas sean proclamados mediáticamente por conservadores y progresistas indistintamente –ningún político, en efecto, salvo que haya sido afectado por algún episodio de locura transitoria, defiende públicamente que hay que desproteger a los ciudadanos, que la educación debe ser elitista, que hay que fomentar la desigualdad o que no hay que ser libres–. Una cosa es, evidentemente, lo que los políticos dicen y otra la realidad de lo que los políticos hacen, pero de eso no se ocupa Lakoff, pues la realidad es compleja y analizarla podría dificultar la absorción de su propuesta por el segmento de mercado al que va

dirigida. Se trata de enviar un mensaje simple, toda vez que la alternativa política ya no es objeto de reflexión, de valoración y de decisión, sino de emisión, absorción y reacción emocional. Esto es, de las condiciones publicitarias que aseguran la consecución de una venta y con ello el beneficio de los altos ejecutivos y de los inversores. Lo que vende Lakoff es, en definitiva, una técnica de marketing político que pretende asegurar la prosperidad de los funcionarios-ejecutivos de los partidos progresistas y de unos inversores (bancos, corporaciones), que sólo invierten en el triunfador, pues sólo el triunfador ocupa un gobierno que puede facilitar el negocio, aunque para los inversores, siempre que se obtengan beneficios, lo de menos sea el producto que se vende.